Los monstruos

Esteban Gozzi

Capítulo 1

1.

Todas las peripecias que detallo a continuación, deben ser tomadas con cierta ligereza de racionalidad, pues entiendo que la mente humana no esté predispuesta a indagar en el inmenso plano sobrenatural sin dejarse arrastrar por el burlón campo magnético de la monótona realidad. Me permití toda la vida una mente abierta a lo desconocido, acaso por mi constantemente inestable estado de salud que arrastré desde mi infancia, obligándome a una niñez alojado en la comodidad de mi casa materna, rodeado afortunadamente de todas las ramas de la literatura fantástica de las que pudiera disfrutar, gracias a una no humilde biblioteca que mi madre había confeccionado en base a su carrera de profesora de literatura, permitiéndole a mi mente crear mundos inmensos repletos de criaturas extraterrenales, caprichosamente exageradas por la pesadez de la monotonía rutinaria y por el irrefrenable deseo de libertad. Cabe destacar que nunca estuve encerrado per se, sino que la soledad forzosa, ciertas reticencias al contacto con las pocas personas que me visitaban, y los pocos cuidados que mi madre podía darme debido a su ocupada profesión, despertaron en mi una incipiente pero constante agorafobia, contrapuesta con el impulso libertario. Muchos argumentarán que me podría haber dejado al cuidado de una niñera y mi soledad se hubiera visto mermada, pero siempre tuve un alto grado de autosuficiencia (repito, más por ser reticente) como para prescindir de ese servicio.

Los primeros monstruos que mi imaginación transmutó eran capaces de derribar los muros de la biblioteca, dándome la oportunidad de escapar con ellos a través del patio de mi vecino. ¡Cuántas veces lo imaginé escapándose espantado por mis mascotas, estando yo en su lomo, riendo al percibir el aire cálido, los rayos de sol y la brisa matinal, con el portentoso paso de las bestias seguras de su talante! Estas primeras criaturas fueron imaginadas gracias a mi compensatorio deseo de grandeza, de falta de energías, fuerza y fiereza, dada mi enclenque condición física. El niño que era entonces necesitaba saberse capaz de tener dentro de sí una bestia poderosa, inasible, indomable.

Una tarde de enero, mientras leía uno de tantos relatos de fantasía (tal vez un cuento de Lovecraft, o una de las épicas batallas de los libros de Tolkien), levanté la vista y lo vi, parado en su inmensidad delante de mí, del otro lado de la mesa de la biblioteca en la que tantas noches incluso me dormía. Medía unos dos metros y medio, se inclinaba formando una joroba prominente en una ancha espalda que terminaba en dos hombros que asemejaban en tamaño a su cabeza. Los brazos se veían tan pesados y se extendían de tal forma que los nudillos de sus enormes manos se apoyaban en el suelo, con una leve flexión de los codos. Su piel estaba cubierta por un grasoso, ennegrecido y tupido pelo, que lo cubría en su

totalidad, salvo por sus manos y las piernas. Asocié su aparición a recientes lecturas sobre los huargos, debido a que su cabeza era la del típico lobo gigante que narran las leyendas de los países noreuropeos. El cuerpo, en resumen, era la de un gigantesco simio con piernas y cola de lobo.

Me miraba fijo, con sus ojos azules irradiantes de nobleza y serenidad, como un perro devoto que espera expectante la orden de su amo. Lo único que atiné a hacer fue a sonreír, maravillado por la precisión de mi imaginación juvenil. Él se inclinó un poco en señal de contemplación, sin dejar de mirarme fijamente. Estuvimos un tiempo bastante prolongado de esta manera, hasta que finalmente volteó su inmensidad y se dirigió a la pared que daba al patio del vecino. Apoyó su mano en la pared y sollozó, dándome a entender que afuera se encontraba algo de vital importancia para él. Siempre sentado en la mesa, negué con la cabeza, todavía maravillado, pero vencido por mi agorafobia. Jadeó como si estuviera sediento y se acostó en ese mismo punto, al lado de un sillón, cruzando sus brazos en el suelo y apoyando su cabeza sobre ellos. Esto último lo vi tras pararme sobre mi silla, ya que ésta daba a la pared contraria a la del patio. Lo observé durante unos breves instantes hasta que decidí acercarme. Bajé de la silla, lo que disminuyó mi campo de visión. Rodeé la mesa en dirección al sillón, mientras él me seguía con sus ojos cansados. Lo último que tenía que hacer para tenerlo a mi alcance era rodear ese sillón. Seguí con paso decidido, ya que la bestia no había generado ningún temor en mí. Una vez que rodeé el sillón, la criatura había desaparecido.